

00646

TOR 86.01

09

TESTIMONIO DE ALESSANDRI EJEMPLO PARA NUESTRA HISTORIA

Entrevista: Jaime Guzmán

Ultima conferencia dictada por el Ex Presidente de la República don Jorge Alessandri Rodríguez ante dirigentes de la Unión Demócrata Independiente (UDI), en enero de 1984.

En dicha ocasión el ex Mandatario dio un testimonio de su experiencia política, refiriéndose a diversos aspectos de la vida cívica del país, desde el gobierno de su padre hasta la actual administración. El ex Jefe del Estado sorprendió a los asistentes por su claridad y franqueza para abordar los problemas nacionales, su original visión de la historia política de Chile y su sorprendente sentido de humor. Sin embargo, cuatro días después, don Jorge Alessandri sufrió un derrame cerebral que marcó el inicio de un proceso de deterioro de su salud que terminó el pasado domingo 31 de agosto con su triste fallecimiento. Esta conferencia se ha convertido, por lo tanto, en el último testimonio público de uno de los hombres más sobresalientes de nuestra historia.

Los organizadores de este encuentro han autorizado su divulgación, sin otras exclusiones que ciertos conceptos sobre los cuales el señor Alessandri pidió expresamente que se mantuviera la privacidad.

S E G 5 SET. 1985

J.G. Yo deseo en primer lugar agradecer a Don Jorge la gentileza de haber concurrido aquí, y manifestarles a Uds. que de acuerdo a lo conversado con quienes solicitaron esta reunión elaboramos un pequeño cuestionario de los temas de mayor interés para los presentes. Yo quisiera, Don Jorge, por el interés de los temas, comenzar con uno de naturaleza histórica, para tener un testimonio suyo sobre el legado principal que usted le atribuye a la obra de su padre mirada con perspectiva.

J.A.R. "Cuando fue elegido Senador en el norte, en su campaña, se preocupó fundamentalmente de un problema muy grave que se había venido observando en el país: el de las huelgas en las grandes actividades económicas de Chile. Las huelgas salitreras, en circunstancias que el presupuesto era financiado en su mayor parte por el salitre, huelgas casi permanentes en el carbón y huelgas que duraban meses y meses en Punta Arenas, donde estaba la industria de la lana. Mi padre era incuestionablemente un hombre que tenía intuiciones extraordinarias. El sostuvo que no era posible mantener este sistema y que era necesario legislar en materia social, estableciendo tribunales de arbitraje obligatorio. Propició además que participaran en la Administración Política del país la gente de clase media y los trabajadores. Esto dio lugar a la más violenta campaña electoral que yo haya conocido en Chile. Fue realmente atroz. Se encendieron pasiones terribles que repercutieron durante todo su gobierno. En consecuencia mi padre por primera vez planteó a fondo el problema social, pero, analizando sus discursos, se ve que la idea de él, que era abogado y muy apegado a la ley, era establecer el arbitraje obligatorio. Yo creo que fue una intuición extraordinaria, pero la ley que se estudió para resolver estos problemas desgraciadamente no contempló esa fórmula.

Las huelgas

Por ese tiempo, en el Tratado de Versalles se estableció por primera vez la creación de una comisión que estudiaría los problemas sociales y propondría fórmulas para abordarlos en los distintos países. En mi última campaña presidencial, el señor Tomic dijo que yo era anticuado porque citaba el Tratado de Versalles. Este Tratado, cuando se trata de materias sociales, debe estar siempre presente, porque marca el inicio de la política social. Ahí se elaboró un modelo, para resolver los conflictos entre los trabajadores y los patrones. Mi padre le encomendó el estudio del Código del Trabajo a Moisés Poblete Troncoso. Yo lo conocí mucho, fui muy amigo de él, pero fue una mala elección, porque si bien era un hombre estudioso, y serio, no tenía una visión clara de los problemas y sólo se limitó a copiar las disposiciones de la Comisión del Trabajo de Ginebra, que estaba presidida por un líder socialista francés. Ahí se consideró la presentación de los pliegos de peticiones, lo que estaba muy bien cuando las partes llegaban a ponerse de acuerdo, pero si esto no ocurría venía la huelga. Yo creo que para quien estudie con seriedad

este problema, la huelga es un daño para la sociedad entera, porque en un conflicto laboral no hay dos partes, sino que tres. Las dos partes en litigio —el empleador y los trabajadores—, y un tercero que vale más que ambos, que es la comunidad. En consecuencia debe tratarse de evitarse las huelgas y por eso deben establecerse tribunales arbitrales permanentes con representantes de las tres partes en conflicto. La tercera, que es la principal, debe estar representada lógicamente por un experto en problemas económicos, nombrado por el Estado. En consecuencia yo propuse sobre esta materia en el Consejo de Estado que se establecieran tribunales permanentes de arbitraje, sacados de ternas, presentadas por los trabajadores, por los empresarios y por el Ministerio de Economía que ampararan los derechos de la colectividad. Desgraciadamente este Gobierno no aceptó esta proposición. Lógicamente yo proponía que la huelga se mantuviera, pero sólo para actividades cuya paralización no perjudicara al país. Por ejemplo, si se produce una huelga en una industria chica, de las cuales hay muchas en el país, sólo tiene importancia para sus dueños y sus trabajadores. Pero si se paraliza la industria del cobre, sus consecuencias son graves para el presupuesto de divisas y para el presupuesto nacional. En consecuencia, no sólo se verían afectadas las partes en conflicto, sino que toda la colectividad. Para esos casos el arbitraje debe ser obligatorio. Así lo propuse en un mensaje que se le mandó al Presidente de la República. Pero fue mi padre quien abordó por primera vez en Chile este problema. Antes, un grupo encabezado por Juan Enrique Concha Subercaseaux, a propósito de la Encíclica Rerum Novarum, había empezado a preocuparse de la situación de los obreros; construyó poblaciones obreras de su propio peculio, o, dire mejor, de su madre —estaba viva la señora (risas)—. No, no, no considero justificada la risa, porque Juan Enrique Concha Subercaseaux hizo efectivamente una labor apreciable y meritoria en la materia. Desgraciadamente, dictar leyes de acuerdo con las Encíclicas es un disparate. No estoy en contra de las Encíclicas, como lo han dicho algunos obispos. Yo me he ajustado, como empleador y como gobernante, estrictamente a los dictados de las Encíclicas, pero no he pretendido nunca dictar leyes de acuerdo con ellas. Un empleador pudiente puede pagar mucho mejor a sus trabajadores que uno que es pobre. Yo le puedo pagar a mi empleada doméstica tres o cuatro veces lo que le paga una persona modesta. ¿Cómo se puede legislar sobre las conciencias? Es eso lo que se pretende, que se pretenda legislar en materias de

C 259
1986

conciencia. Pero a eso no se han referido, sino que han tratado de presentarme sosteniendo una ridiculez. ¿Qué otra pregunta más?

Alessandri cuenta su vida

J.G. Quisiera abordar Don Jorge el tema de su persona. Ud. ha manifestado muchas veces su reticencia a la vida política y, sin embargo, ha sido diputado, senador y dos veces candidato a la Presidencia de la República. ¿Qué lo ha movido a aceptar estas responsabilidades, no obstante que su carácter y sus deseos han sido contrarios a la actuación pública?

J.A.R. "La vida política de mi padre me ha acarreado serias dificultades a través de toda mi vida. Yo aprendí a leer y a escribir junto con mi hermano Arturo. Estuvimos en el colegio en el kindergarten, en las preparatorias del Instituto Nacional juntos. Pero cuando llegó el momento de pasar al primer año mi padre me dijo que debía repetir la segunda preparatoria, no obstante que había sacado tres coloradas, es decir, las mejores notas, porque él no quería rivalidades entre sus hijos. Partía de la base que sus hijos debían ser los primeros de la clase como había sido él, y que dos en el mismo curso iban a ser un motivo de conflicto permanente. ¿Qué resultó de esto? Las preparatorias del Instituto Nacional estaban en el segundo piso del patio sur, así que los alumnos de la segunda preparatoria y de la primera preparatoria en los recreos estábamos juntos, en permanente contacto. Eramos tan compañeros los de la primera preparatoria como de la segunda. Cuando repetí la segunda preparatoria, yo no tuve ningún conflicto, porque estaba con amigos. Pero cuando pasé al primer año (*humanidades*), la vida para mí fue insostenible. Fue el año de la campaña de don Pedro Montt con don Fernando Lázcano. La inmensa mayoría del país era partidaria de don Pedro Montt, que había sido el candidato derrotado en la elección anterior, y don Fernando Lázcano contaba con poca gente; lo apoyaba el Partido Conservador y el Partido Liberal, pero el Partido Conservador se había dividido y un grupo numeroso apoyó a don Pedro Montt. Don Fernando Lázcano perdió la elección. Mi padre, que era uno de los portaestandartes de la candidatura de don Fernando Lázcano, era atacado violentamente por los monttinos. Esto se reprodujo en el Instituto y yo fui la víctima de mis compañeros que repetían horrores de mi padre. Cosas que me parecían absurdas, porque era un hombre de hogar, almorzaba y comía todos los días con nosotros y con sus amigos. En consecuencia no era el personaje que pintaban los partidarios de don Pedro Montt. Me hicieron sufrir mucho, pero despertaron en mí el anhelo de saber si eran ciertas cosas que decían y que ignoraba y que tenía la seguridad de que eran falsas. Eso me indujo, desde cuando yo tenía once años, a leer toda la prensa, las revistas, y buscar opiniones por aquí, por allá y por acullá, para formarme una impresión personal.

hoy día; salir de las humanidades para entrar a la universidad significaba un cambio total en la vida personal. Porque se salía de los colegios, se entraba en la universidad y los estudiantes empezaban a ganar dinero. En mi caso, esto fue especialmente notorio, porque Arturo, mi hermano, salió del Instituto, entró al estudio de mi padre y empezó a disponer de grandes sumas de dinero. Yo en cambio no tenía nada. Siempre se decía que Arturo era malo para las matemáticas, y que yo era bueno para todo, incluso para las matemáticas. Entonces resolvieron que yo debía ser ingeniero y como era un ser sumiso, estudié ingeniería. Pero esto me significó trabajar desde las 8 de la mañana hasta las 8 de la noche en la Escuela de Ingeniería y mi situación económica fue la misma que cuando era estudiante del Instituto (*risas*). Ustedes se ríen pero no, la cosa no es graciosa. Entró en la Universidad, Fernando, mi hermano, que estaba un año después que yo, y pasó lo mismo. La falta absoluta de dinero y los estudios sumamente pesados me convirtieron —yo tenía inclinación, pero me hicieron aun más— en un ser aislado. En la Universidad tuve todos los honores que puede tener un estudiante y me nombraron profesor del ramo más importante. Debía aceptarlo porque no había nadie que lo quisiera hacer. Yo lo hice renegando. Era un honor muy grande, me dijeron mis hermanos, el rector de la universidad, mi padre, el decano, y entre todos me hicieron aceptar. Sin embargo, fue obra de la Providencia que ha sido muy benévola conmigo, porque al poco tiempo mi padre fue elegido Presidente de la República. En ese tiempo todo el quehacer de un ingeniero giraba alrededor del gobierno. A los ataques injustos que mi padre recibía, yo no quise agregar los nuevos ataques que habrían derivado del hecho de que yo empezara a trabajar en Obras Públicas, y... no lo hice.

S E G 5 SET. 1986

Candidato a la fuerza

Me eligieron diputado independiente, una cosa que comenzó como una chacota de Guillermo del Pedregal (después fue uno de los grandes líderes de izquierda, y conservé su amistad hasta que murió, no obstante que estábamos en situaciones políticas muy diferentes). Para ser diputado independiente, bastaba que ciento cincuenta personas firmaran, en una notaría cualquiera, una presentación para que cualquier persona fuera candidato. Gente de bastante importancia firmó la mía, pero me negué a aceptar.

Guillermo del Pedregal cesó en su actividad, según me contó después. Pero algunos políticos liberales le pidieron que hiciera la presentación, aunque pensaban inscribirme como candidato del Partido Liberal si les daban un lugar en la lista de los partidos. Aquí hago un paréntesis. El Congreso Termal que se la ha imputado al Presidente Ibañez es una de las grandes mentiras históricas. El Congreso Termal fue obra única y exclusiva de los partidos políticos que se dicen tan respetuosos del sufragio popular. José Maza, en la ley electoral dictada en 1925 para la aprobación de la Constitución de ese año, puso un artículo diciendo que si el número de candidatos era igual al número de plazas por llenar no habría elección popular y que el título lo otorgaría el Tribunal Calificador. Desde el momento que se estableció esa disposición, todos los partidos políticos no pensaron en

otra cosa, sino que en una lista única. El Presidente electo era don Emiliano Figueroa y le correspondía ser árbitro en aquellos casos en que los partidos no se pudiesen poner de acuerdo. Don Emiliano era un hombre de club, un caballero respetable, de muy buena voluntad, pero sin ningún espíritu público, completamente alejado de la política. En un tiempo tuvo mucha influencia, porque quedó encargado de los negocios de don Claudio Vicuña, después de la Revolución del 91, que era el hombre más rico de Chile, y disponía de numerosos puestos por llenar y grandes medios económicos. En consecuencia tenía una gran influencia política. Pero con los años, se fue alejando de la cosa pública para convertirse en un hombre de club. Cuando le fueron a notificar que los partidos se habían puesto de acuerdo en su nombre —lo que revela el mal criterio de los partidos, que solamente se pudieron poner de acuerdo en don Emiliano Figueroa, que era absolutamente contradictorio—, él dijo: "¡Para qué me eligen a mí, hombre, si yo soy del tiempo de los coches de postal!". A don Emiliano le sonaban apellidos y resolvió todas las dificultades a costa de los demócratas, y de los elementos avanzados agrupados en torno a don José Santos Salas. Estos partidos se sublevaron y presentaron listas. Yo fui notificado una noche por el conservador de bienes raíces, —no existía el Registro Electoral— que yo tenía que optar, porque mi nombre figuraba en dos listas: en uno de los últimos puestos de la lista de los partidos y en otra como candidato independiente. Yo le dije: "Mire, yo no he autorizado a nadie para que ponga mi nombre, así es que bórreme de las dos listas". "De una lo puedo borrar, pero de la otra no. Como independiente no lo puedo borrar". "Haga lo que quiera, le dije, pero yo no aceptaré". Así quedé nombrado candidato independiente por Santiago, a fines del año 1925. Fui un mal candidato: me llevaron a una concentración donde habría treinta personas, en la comuna de Ñuñoa. Había una rampa de circo, y parece que no funcionó bien porque no me volvieron a invitar mas a ninguna presentación. Pero como había un gran malestar en el país, por la arbitrariedad de los partidos de juntarse para evitar las elecciones, se produjo una reacción —en parte también por la situación de mi padre— y yo saqué votos para tres diputados y medio, aunque iba solo en la lista. Esto cayó mal en los partidos políticos y empezaron a atacarme, a decir que era el hijo de papá, que era aquí, que era acá, que era acullá. Para mí las primeras idas a la Cámara eran muy desagradables. Para los conservadores y liberales todo lo que fuera Alessandri era un trapo rojo. Los radicales, por su parte, estaban enojados con mi padre porque no los llevó al Ministerio. Cosa imposible porque la grave situación con los militares se había producido debido a la actitud de los radicales. Bueno, yo empecé a asistir a todas las comisiones y se dieron cuenta que no era sólo el hijo de su papá, sino que era un hombre que tenía mucho espíritu de trabajo. Como me pagaban dos mil pesos, sentía la obligación de trabajar, e indiscutiblemente tenía mejor preparación que la corriente de un diputado. El hecho es que me convertí en un líder, dentro del Congreso. En general, los diputados aprobaban o rechazaban un anteproyecto por razones políticas. Los Ministros hablaban y hablaban, les contestaban cualquier cosa y don Maximiliano Ibañez, que era el Mi-

nistro del Interior, se charoteaba con los opositores. En cierta ocasión presentó una ley rebajando todos los sueldos públicos, con el carácter de permanente, haciendo trizas la administración pública y especialmente la Educación. Yo hablé al final, pero no me limité a criticar, sino que presenté un proyecto en sustitución del proyecto del Ministro del Interior. Dije que los parlamentarios debían ser constructivos y no destructivos, que si había algo malo, tenían el deber y la obligación de presentar una alternativa. El señor Ibañez trató de burlarse de mí, pero le resultó un hueso duro. Conclusión: se clausuró el debate y Gumucio puso en votación el proyecto. De acuerdo con el reglamento, las indicaciones se votaban primero, y se votó la proposición. Obtuvo una mayoría abrumadora y el Ministro se levantó a cambiar de la sala. Quedé convertido en un líder.

Las consecuencias las pagué muy caras. Un tiempo después el general Ibañez obligó a renunciar al Ministro del Interior. Este había arrancado una ley de facultades extraordinarias, violando abiertamente la Constitución. Yo me opuse en la Cámara de Diputados, dándole al Ministro que estaba utilizando su prestigio para promulgar una ley inconstitucional y que él iba a ser la primera víctima. Sucedió al pie de la letra: recién dictada la ley sacaron al Ministro e Ibañez exigió el Ministerio del Interior. Don Emiliano se lo dio. Pero apenas Ibañez asumió el Ministerio apresó al Presidente de la Corte Suprema, que era don Javier Angel Figueroa, hermano de don Emiliano, Presidente de la República. Luego deportó a los más brillantes diputados de la cámara. Yo me libré porque estaba en Viña del Mar, seguramente me fueron a buscar a mi casa y no me encontraron. Me vine a Santiago, para que se hiciera una sesión del Congreso, para protestar de la violación de la Constitución y de este atropello contra el Congreso. Me encontré con dos radicales, uno en el tren y otro en el Congreso, y los dos, que eran de los más avanzados, me confidenciaron que ellos se habían puesto de acuerdo con Ibañez a través de Juan Antonio Ríos, y que preferían el gobierno de Ibañez al gobierno retardatario de don Emiliano Figueroa. Después me tomaron preso intentando deportarme. Los alumnos se movían y me dejaban libre. Finalmente me arrestaron con todos mis hermanos. Estuve ocho días preso, me quitaron la clase universitaria y por último me deportaron. Ya no luché, me entregué y salí del país. Recuerdo que en una rueda de presos nos hacían los cargos. A mí me dijeron que me arrestaban por ser alessandrista. Les contesté "alessandrista, sin responsabilidad mía, pero alessandrista muy independiente". Felizmente, una media hora antes de entrar a las celdas, los alumnos y Arturo

clusivo el mozo, que cuando nos llevaban en un autobús, a las tres de la mañana, a la cárcel dijo: "Con razón mi patrón me dijo no te metas con los Alessandri, porque vas a caer preso". Arturo Matte había salido primero, después mi otro cuñado; luego sacaron a Fernando, y quedamos finalmente, Eduardo y yo; Arturo y Hernán estaban deportados junto con mi padre. Pasé tres años en el extranjero, volví muy enfermo, sin verme con nadie, porque nadie se acercaba a mí en la calle. Se pasaban a la otra vereda, para no saludarme siquiera. No eran bromas. Y a los tres meses me deportaron de nuevo. Estaba en Buenos Aires hacía cuatro meses cuando cayó Ibáñez y pude regresar al país. Todo esto, lógicamente, no contribuía sino a hacer más firme en mí el deseo de no figurar en la política y de estar constantemente en mi familia abogando por que no nos metiéramos más en política porque ya habíamos sufrido mucho, sobre todo mi madre, que se enfermó y murió muy joven. Así es que esas son las razones por las cuales yo era siempre enemigo de que mi padre volviera a la Presidencia, enemigo de las candidaturas de mis hermanos, ... enemigo de la candidatura de Arturo Matte, y absolutamente contrario a mi candidatura. Me hicieron candidato a senador 25 días antes de la elección, diciéndome que prestara mi nombre, y yo me negué terminantemente hasta que me acusaron de ser un gran egoísta, porque un hombre al que se le pide que preste su nombre no podía negarse. Seguramente —agregaron— vamos a tener muy mala votación en el país, pero si usted triunfa en Santiago, tendríamos una compensación. Y por último tanto me insistieron que terminé por decirles "hagan lo que quieran". Me aseguraron que no me costaría un peso la candidatura. Después cuando ya era senador y pedí que me cumplieran la promesa, me dijeron: "Usted tiene bastante experiencia para saber que estas son promesas que no se cumplen...". Yo no sé cómo se las ingenió Arturo Matte, pero el hecho es que obtuvo los recursos. En veinte días de campaña —no alcancé a recorrer toda la provincia— en la lista que iba, saqué una votación abrumadora.

En ese momento quedé prácticamente ungido candidato a la Presidencia de la República. Así es como he actuado en política. A usted, Jaime, le tocó presenciar cómo me resistí a una segunda candidatura. Hasta recurrí a mis médicos para que me dieran un certificado de que mi salud no me permitía postular. Si yo he tenido crisis depresivas muy grandes, así es que he tenido razones más que suficientes para negarme. Pero todos, salvo mi hermano Hernán, habrían considerado que era un tongo.

Razones de su popularidad

J.G. Don Jorge, yendo a otro aspecto, es un hecho que durante su gobierno la popularidad personal suya fue creciendo, y que ella terminó en un nivel extraordinario, a diferencia de casi todos los gobernantes, que dejan el mando con una popularidad muy inferior, o disminuida a la que tenían al asumirlo. Sin embargo, hay un hecho que muchos no se explican: por qué esta creciente popularidad suya no se transmitió a los partidos que lo acompañaban, y no tuvo usted un sucesor de su misma tendencia, sino que debió presidir en 1964 una elección presidencial para sucederle en que las únicas alternativas fueron sus dos más enconados adversarios, como eran don Eduardo Frei y don Salvador Allende.

S E G 5 SET. 1966

J.A.R. Es algo perfectamente explicable, y de lo cual son responsables los dirigentes de los partidos políticos que me acompañaron en el gobierno. Todo el mundo sabía, porque yo había estado muchos años en La Moneda, —once años en las dos presidencias de mi padre, Ministro de Hacienda omnipotente durante dos años y medio—, porque yo como Ministro era un domador de fieras con una huasca en una mano y con un revólver en la otra, cosa que hecho de menos en los tiempos actuales. Yo a mis Ministros les decía simplemente no estoy de acuerdo con ustedes, pero, en fin, cada uno tiene su manera de "apiarse", como dicen los huasos. Yo no entiendo esto de estar con tantas consideraciones. Porque conocía muy bien la materia, cuando me hacían una observación los revolcaba y se acababa la discusión. Como Presidente de la República seguí haciendo mi vida ordinaria y aplicando a mi trabajo como Presidente las mismas normas que había aplicado como

jefe de servicio público, como Ministro de Hacienda y como jefe de empresa privada. De una absoluta imparcialidad política. Y en materia de nombramientos, nombrando al que correspondía, en forma tal que los empleados públicos de los partidos de oposición recurrieran directamente a mí para que los amparara contra su propio partido, que cuando había una reducción de personal, dejaban a los más nuevos, y sacrificaban a los más viejos y competentes, porque no eran buenos agentes electorales. Entonces, cuando los partidos me pedían ciertos nombramientos, como desde luego no tenía ningún compromiso con nadie —porque nunca imaginé que podría ser Presidente de la República— y he tenido una vida muy aislada, de muy pocos amigos, les dije a los partidos: "Miren, distribúyanse las intendencias y gobernaciones como ustedes quieran, porque no conozco a nadie, y no sabría a quién proponer. Lo único que pido es que sea gente honesta y gente de buena reputación". Me reservo el nombramiento del gobernador de Arica, del intendente de Santiago, del intendente de Concepción, del gobernador o el intendente de Iquique, en donde me inclino por un militar, por razones de interés público. Son regiones limítrofes y también regiones conflictivas como Concepción y Santiago, donde vivo yo. Pero entonces se peleaban horriblemente, no me dejaban vivir, porque no lograban ponerse de acuerdo en nada, en nada, en nada. Un diputado amenazó con revólver al presidente de su partido porque había cedido la intendencia respectiva a los conservadores. Fue para mí una cosa horrenda, porque yo pasé tres meses, desde las diez de la mañana hasta las diez de la noche —almorzaba y comía en La Moneda— con toda esta gente que se peleaba por los puestos, sin que

pudieran ponerse de acuerdo. Cuando se trataba de cualquier nombramiento, o volvía a surgir de nuevo la misma pelea, o me proponían candidatos que yo consideraba absolutamente inconvenientes, y eso provocaba entonces grandes protestas. Se reunía la sala de los diputados liberales y acordada esto, esto y esto otro. Luego los diarios de oposición, para crear dificultades decían: "Este acuerdo de la sala de los diputados liberales se debe a que Alessandri no les hace caso en el nombramiento de fulano de tal". En consecuencia, ante la opinión pública, yo resultaba un coloso. Después seguían la sala de diputados conservadores o el directorio conservador o el directorio radical, o la junta ejecutiva radical, con sus acuerdos, mientras los diarios de oposición explicaban cuál era el problema. De este modo me iban encumbrando, pero haciéndose al mismo tiempo un daño los que me encumbraban, porque el hecho que subiera mi figura era malo para la oposición. Muchas veces me dijeron que estaba pasando un fenómeno muy curioso, porque mi imagen seguía creciendo ante la opinión pública, pero que esto no rebalsaba nada a los partidos que me apoyaban. Yo entonces les contestaba: "Hagan lo mismo que hago yo; son ustedes los que me están encumbrando. Ustedes saben que si tengo mis normas fijas, no es en beneficio mío, sino que en beneficio del país, de manera que no me hagan estas exigencias ni me planteen estos problemas porque se aprovecha la prensa de oposición para hacer lo que ustedes están representando".

Y así fue como me encumbré. Lógicamente que me encumbré sólo yo, sin que nada de esto beneficiara a los partidos que me apoyaban, los cuales aparecían ante la opinión pública, en lucha con el Presidente, mientras que la oposición decía que Alessandri no toma en cuenta para nada a los partidos y hace lo que se le ocurre. Lógicamente que de este prestigio, que adquirí, no podían beneficiarse los partidos, aunque yo siempre les dije que debían tratar de tener un comportamiento parecido al mío porque eso es lo que quiere la opinión pública. Pero no conseguí nada en esta materia.

J.G. En la elección de su sucesor, ¿cree usted que influyó esta situación? ¿Cómo superó usted estas dificultades?

J.A.R. No. Frei era un hombre muy dócil con su partido. Yo fui presidente de la confederación durante 16 años y vivía en el Parlamento. Conocía a todos los diputados y senadores, conocía a todos los dirigentes de los gobiernos, dado que los gobiernos radicales y de Ibáñez nombraban a comisiones tripartitas, de trabajadores, representantes fiscales y representantes de los empleadores, en las que siempre estuve; hablaba con los senadores y diputados a propósito de cualquier proyecto, en forma reservada y no pública como lo hacen ahora. No salía nunca en los diarios ni menos fotografiado con un alto de estas perillas (micrófonos) en la boca. Conocía a todos los representantes de los trabajadores, pero nunca aparecía porque si digo en el diario que me opongo a tal cosa, se afirman los izquierdistas y no aflojan nada, mientras que si uno bien explica... las cosas se arreglan. Así tuve siempre éxito y no me pasaron nunca un gol cuando yo fui presidente de la Confederación, nunca.

Su pensamiento económico

J.G. Quería plantearle, Don Jorge, en general, en materia de doctrina económica, ¿cuál es el papel que usted le asigna a la iniciativa privada, y cuál es el papel que le asigna al Estado, dentro de la actividad económica?

J.A.R. Yo no he asumido ninguna doctrina económica de las que se conocen en el mundo. Soy partidario que se haga lo mejor en cada caso, de acuerdo con la situación nuestra. Creo que los hombres vienen dotados de condiciones especiales. Hay unos que vienen con aptitudes en materia literaria, otros en pintura, otros en escultura, son muchos los que intentan sobresalir en estas actividades pero son muy pocos los que logran alcanzar situaciones destacadas, no sólo en su país, sino que mundialmente. Desgraciadamente, cuando se trata de la economía todos se creen igualmente dotados, y esto no es cierto. Hay algunas personas que tienen verdaderas intuiciones en materia económica, que tienen facilidades extraordinarias, que tienen espíritu de iniciativa, inventiva. Y pretender impedir que estas personas desarrollen sus aptitudes naturales es hacerle un daño a la colectividad, aunque no se puede desconocer que estas personas especialmente capacitadas para los negocios están mucho más tentadas a abusar que las demás. Por eso el Estado debe estar presente para evitar que esta gente se sobrepase en sus actividades económicas y se conviertan en actividades dañinas. En consecuencia, yo creo que al Estado le corresponde un papel fundamental en la economía. Y enseguida creo que los técnicos e independientes deben saber más lo que le conviene a la economía del país, y orientar las actividades económicas en aquellos rubros que resulten más convenientes para la colectividad. Por eso al Estado le corresponde orientar la economía y enseguida evitar que en las actividades económicas particulares se abuse. Por eso sostengo que el Estado no debe renunciar jamás a estas facultades que le corresponden como algo imperioso en nombre de la comunidad. No obstante que esto lo he dicho a través de toda mi vida y que fui el primero que lo dije en público a propósito del gobierno actual, el Arzobispo de Concepción ha dicho que soy del tiempo "del *laissez faire, laissez passer*", lo que revela que no hay ninguna preocupación hoy día en la Iglesia por tratar de encontrar soluciones que apacigüen los ánimos y que sean benéficas para el país. En estas condiciones, si uno procede con este criterio no se puede equivocar. La fijación de precios, por ejemplo, se presta para toda clase de abusos; para que se convierta en un escándalo y prosperen los sistemas administrativos. No sirve de nada. Pero en cambio si existe un arancel aduanero adecuado, las cosas siguen su curso natural.

J.G. ¿Hace muy poco usted manifestó su público respaldo hacia el Ministro Cáceres. Creo que sería interesante saber si usted extiende de algún modo este respaldo a los llamados mandos medios, o Chicago boys?

J.A.R. Yo encuentro que en política generalmente los temas que se discuten se falsifican. Las razones últimas que determinan las actitudes de los políticos y de los periodistas, o de gente independiente, no se mencionan en público. Todas las actitudes se revisten de un carácter de bien público, pero en el fondo lo que se está discutiendo últimamente en Chile se ha producido por una crisis mundial, agravada aquí, por haber derogado leyes que yo —considerado reaccionario, y que figuraba en los clanes inventados por Altamirano, aunque no he formado parte de ningún clan—, como Presidente de la República, con la experiencia que había adquirido como director de banco y de empresas, noté que había una serie de actividades, que siendo legales, porque no estaban prohibidas, no se traducían en beneficios para el país. Votaba en contra de ellas, en medio de la desolación de mis compañeros de directorio y cuando fui Presidente de la República dicté una serie de medidas, precisamente para que no ocurriera nada de lo que actualmente ha ocurrido. Yo dicté una ley que prohibía a los bancos tener acciones de sociedades anónimas, y obligué al Banco de Chile —a través de esta ley—, que en ese tiempo era dueño de Saavedra Bernard, y de Agencias Graham, a que esas empresas no la manejara el Banco. Dicté la ley que limitaba las acciones que un banco podía tener en cualquier actividad económica. La Ley de Fondos Mutuos se dictó en mi tiempo, por petición de organismos de créditos para formar el mercado de capitales. Cuando me llevaron el proyecto de ley eran seis artículos y yo puse el número siete: "Las acciones pertenecientes a los Fondos Mutuos no podrán votar en las elecciones de directorio" porque —dije— en caso contrario va a haber grupos que se van a apoderar de las empresas o que van a formar fondos mutuos y con la plata que reciben para que dé intereses o participación, con estos fondos, van a empezar a comprar acciones de sociedades anónimas, y en buenas cuentas se van a formar grandes conglomerados que van a ser dueños de todas las más importantes sociedades del país. Por eso agregué ese artículo. Se dictó la ley tal como yo la propuse. Pero en el gobierno de Frei, a petición de las altas finanzas, se descubrió o se planteó un procedimiento que hizo inaplicable el artículo que se refiere a los Fondos Mutuos. Y, respecto de lo otro, no hubo ocasión porque yo puse un plazo de diez años para que se deshicieran de las acciones para no crear ninguna dificultad en la Bolsa de Comercio. Pero el gobierno de Pinochet, que empezó a abolir toda acción del Estado en la Economía, derogó estas leyes. Es así cómo estos conglomerados se empezaron a formar durante el gobierno de Frei, se mantuvieron en el gobierno de Allende —que no entendía nada de estas cosas, ni de nada... era un parlanchín que no sabía nada, de nada absolutamente... yo era amigo de él, así es que no estoy hablando por enemistad; fui amigo de su familia y tuvo consideraciones conmigo, así que no hay razón política ninguna, sino que efectivamente era un charlatán y nada más, no sabía nada de ninguna cosa, todo se lo daban hecho—, después vino este gobierno, derogó la ley y la cosa tomó vuelo...

grupos se endeudaron, no como personas sino que hasta como países y lo que quieren en este momento —aunque ellos no lo dicen, o creen que no lo están haciendo, pero proponen fórmulas— va a significar una inflación feroz. Creo que si sumamos a la cesantía una inflación tremenda, nos decapitan a todos. Se produce un trastorno social que acaba con todos los... imparciales. Ellos dicen, por ejemplo: Señor, en este caso, la emisión no va a provocar inflación porque hay muchos desocupados, y yo contesto: así debiera ser, pero desgraciadamente, el público no es sabio, sino que el público obra por emociones.

Si se sabe que se ha ido Cáceres (entonces Ministro de Hacienda), y que vendrá otro que empezará a hacer funcionar la maquina de billetes aunque no tenga esa intención, el público lo estimará que es así y todo el que tenga depósitos en los bancos los va a sacar y va a comprar dólares y tendremos un cataclismo.

Por eso yo soy partidario de los que quieren con moderación, paso a paso, ir resolviendo el problema tremendo que estamos viviendo. Lo demás, a mi juicio, es una locura. Están perturbados, cada uno razón con un problema personal tremendo. Por lo cual debe manejar este problema un hombre que no tenga ninguna clase de intereses comprometidos, y ese es Cáceres. He conocido mucho a Cáceres, pero jamás imaginé que fuese un hombre de tanto carácter, tan bondadoso, tan serio, que se expresase tan bien. Por eso yo creo que defender a Cáceres es hacer una obra patriótica, porque Cáceres está haciéndonos salir de la crisis. Uds. ven que en estos días han venido una cantidad de señores de los más altamente colocados en el mundo de las finanzas y que todos han expresado conceptos muy enaltecedores de la política económica que se está siguiendo en Chile, no obstante de que ha habido publicaciones que anticipaban que esos mismos personeros habían dicho de que Chile no era un país confiable, que aquí, acá y acullá. Así que ese es el motivo por el cual para mí Cáceres ha sido una revelación. Cuando lo nombraron presidente del Banco Central, dije yo, cómo es esto, de dónde sale esto tan inesperado, porque lo había visto en el Consejo de Estado, y además lo conocía mucho en Valparaíso. Todas las veces que iba a Viña me veía con él, pero no imaginaba lo que en realidad ha revelado: mucho carácter y al mismo tiempo muy buenas maneras, mucha humildad. Considero una suerte para Chile que se haya encontrado en estos momentos un hombre como él; por eso es que lo defiendo. Los que quieren botar a Cáceres es porque quieren que haya emisión. Así se corre el riesgo de que se produzca un trastorno social, no obstante que toda la oposición en este momento está hablando de la necesidad de acelerar el proceso, sin darse cuenta de que están cometiendo una locura. Pero el día que cayera Cáceres, empezarían a decir: "Están por salvar a los ricos, están haciendo una emisión para que las deudas se les hagan más chicas, etc., etc.". Así que esa es a mi juicio la situación y el motivo por el cual yo defiendo tanto a Cáceres.

S E G 5 SET. 1986

Los Chicago Boys

J.G. ¿Respecto a los mandos medios, Don Jorge?

J.A.R. Ah, respecto a los mandos medios, bueno, he sido Ministro de Hacienda y he sido Presidente de la República; he sido presidente de la Confederación de la Producción y el Comercio durante 16 años. A través de una muy larga etapa he tenido un contacto directo con los mandos medios, y encuentro que los Chicago Boys necesitaban un jefe con experiencia. No lo tuvieron. Pero los funcionarios que tienen destacados en el campo económico son de primer orden. Costabal, que entiendo que está renunciado, que no es una persona simpática, pero es un funcionario de alta categoría. Cuando yo era Ministro de Hacienda e incluso cuando era Presidente de la República, los cálculos del presupuesto los tenía que hacer yo, personalmente. En cambio, en este gobierno, veo que en uno o en dos días anticipan los resultados de cualquiera medida que pueda adoptarse. En consecuencia, los gobernantes están sabiendo lo que va a ocurrir gracias a la capacidad del jefe del presupuesto. El niño Lamarca tiene muy malos modos, muy porfiado, como buen Claro, pero es evidentemente un funcionario de lujo, y el otro joven Errázuriz, del Ranco Central, muy superior a todo lo que hemos tenido. Era tradicional que se nombrara a un ex Presidente de la República o a un personaje importantísimo de los cuales se decía es un repúblico, como presidente del Banco Central, pero no sabían nada, absolutamente nada. En consecuencia, yo encuentro que sería una torpeza monumental, un crimen para el país, que haya personas de tanta competencia que están desempeñando estos cargos y que por haber sido partidarios de los Chicago Boys o que estuvieron cerca de De Castro, deban salir. Yo creo que es un crimen nacional, y por eso los defiendo resueltamente. Por su competencia y su honradez.

Consejo a la UDI: "Continúen en la misma posición en que están"

J.G. No quiero abusar más de la paciencia de Don Jorge, y de su tiempo. Así es que quisiera hacerle una última pregunta y es algo que quizás nos toca más personalmente. Los que estamos aquí, don Jorge, en general, somos todos miembros de una generación joven, que ha colaborado con el actual gobierno y que, fruto de ello, somos víctimas de muchos ataques. Lo que quisiera —y creo que en eso interpreto el sentimiento de muchos— es ¿qué consejo nos daría usted respecto de la actitud a adoptar frente a estos ataques, por una parte, y frente al gobierno hacia adelante, por otra parte?

J.A.R. Yo encuentro que los ataques son las más grandes de las injusticias, y para mí tienen una sola explicación, y es que los partidos políticos están ansiosos por llegar al gobierno para obtener puestos públicos para sus correligionarios, y como hay muchos de ustedes que tienen puestos públicos, lógicamente quieren justificar la posibilidad de echarlos de esos puestos para reemplazarlos por gente de

ellos. Nadie les puede negar la capacidad que tiene el movimiento que ustedes encabezan. Y que hayan colaborado con este gobierno... yo también he colaborado con todos los gobiernos en todo lo que he podido. Frei me acusaba de no tener ideales políticos porque yo había colaborado con todos los gobiernos, salvo con el de él, porque es el único que no me llamó a colaborar. El propio Allende me llamó muchas veces para pedirle opiniones. Yo creo que colaborar desinteresadamente a un gobierno es una obligación de todos los ciudadanos, así como darles paso y cédula a los más capaces. Es una cosa delatora de que no han aprendido nada los partidos políticos, absolutamente nada, y que están de nuevo ansiosos de puestos públicos, y por eso los atacan a ustedes. ¿Quiere alguna ampliación?...

J.G. Respecto de nuestra posición frente al gobierno hacia adelante ¿usted es partidario de que lo sigamos respaldando?

J.A.R. "Yo creo que lisa y llanamente, como todo ciudadano debe hacerlo, ustedes deben seguir aprobando lo bueno y censurando lo malo. Yo creo que en materia de libertades públicas se les ha pasado la mano, porque ahora ya estamos casi como en el período de Allende, en que matan a destajo, y en que se cometen toda clase de abusos en nombre de las libertades públicas. En consecuencia, yo, en el caso de ustedes, seguiría en la misma posición en que han estado siempre. Nunca lo he visto a Ud. en contra de la democracia, jamás lo he visto luchando, escribiendo o tratando de que el gobierno en lugar de acercarse a la democracia trate de alejarse de ella. No lo he visto nunca en una posición contraria a la democracia. Yo en conciencia, lo único que les podría decir es que continúen en la misma posición en que están, colaborando pero no embarcándose en aventuras que sean de las que se clasifican como antidemocráticas, que no creo que estén dispuestos a hacerlo, pues yo creo en la vocación democrática de ustedes, y eso de colaborar en un gobierno, de darle colaboración a todos los gobiernos, yo consideraba que estaba colaborando al gobierno cuando presenté aquel proyecto en contra del Ministro del Interior, pero no me limité a hacer un discurso apocalíptico, con las manos vacías. Dije por qué me parecía malo el proyecto, pero que proponía otra solución. Es obligación darle soluciones a los gobiernos. Hacer la oposición por la oposición yo lo considero un acto contrario al patriotismo.

J.G. Yo quiero agradecerle a nombre de todos los presentes su presencia en esta casa. Sus palabras, que para nosotros han sido extraordinariamente interesantes, en todo sentido, como aproximación en la historia de Chile, como testimonio de alguien que es parte de esa historia y como analista del momento actual y de una opinión independiente que para nosotros es una guía insuperable en la materia. Por eso que junto con agradecerle, deseo manifestarle que en estas sencillas palabras de despedida está todo nuestro cariño y nuestro homenaje... (aplausos).